

SIGUE CON MAYOR INTENSIDAD EL DESALOJO DE CARABANCHEL

LA CARCEL, ENVUELTA EN UNA NUBE DE HUMO

Los presos siguen en las terrazas y hacen frente a las acometidas de las fuerzas de orden público

MADRID, 21 (INFORMACIONES).—A las dos de la tarde, la cárcel de Carabanchel está envuelta en una nube de humo por las bombas que arrojan las fuerzas antidisturbios. Los amotinados no se rinden. La batalla del desalojo se prolonga desde hace dos horas. Todos los familiares y amigos de los presos así como los periodistas que cubrían el suceso han sido expulsados con dureza del lugar. La carretera ha quedado cortada al tráfico. La cárcel ha quedado así completamente aislada y tomada por la fuerza pública.

La Policía —cuatro compañías de fuerzas antidisturbios— tiene como consigna la siguiente: «Esto se acaba hoy como sea.» La superioridad ha dado órdenes, sin embargo, de no utilizar las armas de fuego. Las bombas de humo y las balas de goma no cesan. El redactor de INFORMACIONES Manolo Alcalá ha conseguido refugiarse dentro de un automóvil con radioteléfono, que había dejado un colega, y desde allí nos transmite poco antes de las dos de la tarde esta crónica viva:

EL PROPOSITO ES TERMINAR HOY MISMO CON EL MOTIN

Carabanchel está envuelta en una nube de humo. Son las dos menos cuarto. Estoy encerrado en el coche, con radioteléfono, de un informador que ha sido abandonado ante la ofensiva de la Policía contra los periodistas. ¡Fuera todos!, ha sido la consigna. Los periodistas hemos sido apuntados con las armas de la fuerza pública mandada por un capitán de las fuerzas antidisturbios. La carretera de Carabanchel ha sido cortada al tráfico. Esto está aislado. Sólo se oye el ruido de los morteros de humo. Un convoy de «Land Rover» de las fuerzas antidisturbios toma posiciones por primera vez frente a la séptima galería, a la que bombardean con botes de humo. Los amotinados sacan las pancartas y se cubren con ellas constantemente. Están pasando convoyes antidisturbios, motoristas y coches de bomberos con escalas de 25 y 50 metros. Hasta este momento, son seis o siete los coches de bomberos estacionados en el interior de la cárcel. En algunos momentos, las puertas de la cárcel se abren para que entren automóviles privados. Se supone que puedan ser los de las comisiones negociadoras.

Se paran dos «Land Rover» cerca de mí. Temo que

vengan hacia mí y me echen. Están señalando al coche con el dedo. Llegan varias ambulancias. Son las dos menos diez. Continúa el bombardeo con botes de humo. Cantan los amotinados. Son canciones provocativas. ¿Dónde habrán ido a parar los cientos de familiares y amigos que esperaban aquí? Algunos estaban con los nervios destrozados. Algunas mujeres han tenido que ser recogidas con ataques de histeria. Los «Land Rover» que se encontraban

frente a mí vuelven a sus puntos, a su primitiva posición en torno a la cárcel. Me pregunto cómo, inexplicablemente, respetan mi presencia aquí. Pasa otro coche de bomberos y un camión de refrescos sale de la cárcel. La batalla campal dura ya en el interior cerca de dos horas; se ignora exactamente lo que está ocurriendo dentro, pero todo indica que los amotinados son conscientes de que ha llegado la hora definitiva del desalojo. Sin embargo, ellos no dan síntomas de ceder. Los presos se agrupan en los

bordillos exteriores de las terrazas, huyendo de las bombas de humo que estallan en el centro de la claraboya. Allí se está dando la batalla. Esta estrategia del ataque hace suponer que se intenta facilitar la entrada desde la sexta galería por medio de un boquete, como comunicaron los presos. Vuelve el silencio, y un policía a caballo pasa junto a mí. Expulsa a un periodista que venía hacia mi coche. Yo sigo oculto lo más discretamente posible, sin soltar el teléfono. No sé cuánto podré aguantar. Un coche de la

Guardia Civil pasa de largo. Tengo un respiro. Los presos levantan las manos, como si indicaran a alguien que se mirase de lejos que continuaran firmes en sus posiciones entre la nube de humo.

A las dos y cinco, en mi reloj, dos furgones celulares de la Guardia Civil salen de la prisión. Desde mi escondite puedo ver, a través de una de las ventanillas del furgón, a varios presos en su interior. Son trasladados, sin duda, a otras prisiones. Los dirigentes



Los presos amotinados, en la terraza de la cárcel de Carabanchel

Foto Belén Martínez

LA CARCEL, ENVUELTA EN UNA NUBE DE HUMO

de la COPEL que estaban en el centro de la cúpula fueron sacados de la cárcel, algunos automutilados, la pasada madrugada. Sus nombres están en las listas de la puerta. El calor es agobiante. La nube de humo que envuelve las terrazas es la respuesta de la Policía a la orden de que hay que acabar con el problema hoy. Me he quedado sin tabaco. Pasa junto a mí un señor bien trajeado, que sale de la prisión. Sospecho que es un abogado. Le pido un cigarrillo, y me lo da. Toma un coche y entra en la cárcel. No sé quién es. Parece que esto va para largo. El calor aumenta y los botes de humo amainan.

A las once y media los amotinados habían lanzado un mensaje desde las azoteas. Va encabezado con tres S. O. S. Los presos presienten que tras la tregua era inminente la intervención de la Policía. «Se ha comenzado a hacer —decía el mensaje— en la sexta galería un agujero de grandes dimensiones que pensamos será el acceso para reducirnos. La situación es precaria: no hay agua, ni comida, ni medicamentos. Tratamos que la Cruz Roja internacional nos asista en tan vitales necesidades.» Después, en el comunicado se decía que se avenían al diálogo, «pero con garantías». Los abogados en un escrito solicitan la inmediata dimisión del director general de Instituciones Penitenciarias, a quien consideran responsable máximo de que se haya llegado a esta situación. INFORMACIONES ha intentado, en vano, ponerse en contacto con el director general. Parece que en el Ministerio de Justicia ha habido esta mañana una reunión de altura para analizar la situación.

Cerca de 500 presos habían sido trasladados a primera hora de la mañana desde la prisión de Carabanchel a diversos centros penitenciarios españoles, concretamente la pasada noche han sido trasladados a las cárceles de Zamora, Soria y Segovia 276 reclusos que, sumados a los 172 de ayer, hacen un total de 448 presos trasladados. Los periodistas pudieron

contemplar ayer con sus propios ojos los destrozos perpetrados en el interior de la cárcel, que la hacen inhabitable.

INCENDIO EN LOS ALREDEDORES

A las doce y cuarto de la mañana, la Policía Armada continuaba las operaciones para desalojar a los presos de las azoteas. Sigue utilizando botes de humo y balas de goma.

Algunas personas que se encuentran en los alrededores —familiares y amigos de los presos— han prendido fuego a unos matorrales de un bosquecillo situado frente al penal. La fuerza pública ha dispersado a los incendiarios. Los coches de bomberos siguen estacionados dentro de la cárcel sin intervenir por el momento. Se supone que van a ser utilizados en cualquier momento por la Policía para subir a las azoteas. El incendio provocado en los matorrales dificulta la circulación normal por la carretera que pasa por delante de la cárcel.

Nos llegan noticias de que en otras cárceles españolas donde se habían amotinado los presos, éstos han sido reducidos esta mañana y los centros penitenciarios van recobrando la normalidad.

LOS PERIODISTAS, MALTRATADOS

Los periodistas que están cubriendo la información, como es su deber, ante la cárcel de Carabanchel, han sido expulsados de allí por la fuerza pública. En algunos casos, apuntándoles con sus armas. No sirve para nada el carnet de Prensa. «Fuera de aquí todos», es la consigna de la Policía.

La cárcel es una nube de humo. Los periodistas han huido. Desde un coche de la agencia Efe, donde ha logrado refugiarse, transmite a INFORMACIONES Manolo Alcalá: «Soy el único que queda. Veremos cuanto tiempo puedo aguantar. La carretera de Carabanchel ha quedado cortada al tráfico. Esto está completamente aislado.»